



LECTIO DIVINA

XXVII Semana del tiempo ordinario
Del 03 al 09 de octubre de 2021



Vivamos

UniDios



Oración introductoria

Espíritu Santo, ven y dame tu paz. Ayúdame a encontrarme con Jesús. Él quiere que yo sea una persona alegre y que viva este día en plenitud.

Te dejo todas mis preocupaciones y te pido que me ayudes a tomar buenas decisiones en todo lo que tenga que hacer hoy.

Ayúdame a confiar, a escuchar lo que Jesús me quiere decir hoy en el Evangelio y a poner en práctica lo que Tú me pidas.

Petición

Señor, ayúdame a abrazar mi vocación al amor y a la santidad.

Lectura del libro del Génesis (Gén. 2, 18-24)

El Señor Dios se dijo: «No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle alguien como él que le ayude». Entonces el Señor Dios modeló de la tierra todas las bestias del campo y todos los pájaros del cielo y se los presentó a Adán, para ver qué nombre les ponía. Y cada ser vivo llevaría el nombre que Adán le pusiera. Así Adán puso nombre a todos los ganados, a los pájaros del cielo y a las bestias del campo; pero no encontraba ninguno como él que lo ayudase. Entonces el Señor Dios hizo caer un letargo sobre Adán, que se durmió; le sacó una costilla, y le cerró el sitio con carne. Y el Señor Dios formó, de la costilla que había sacado de Adán, una mujer, y se

la presentó a Adán. Adán dijo: «¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Su nombre será “mujer”, porque ha salido del varón». Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne.

Salmo (Sal 127, 1-2.3. 4-5. 6)

Que el Señor nos bendiga todos los días de nuestra vida.

Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien. R.

Tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa. R.

Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida. R.

Que veas a los hijos de tus hijos. ¡Paz a Israel! R.

Lectura de la carta a los hebreos (Heb. 2, 9-11)

Hermanos: Al que Dios había hecho un poco inferior a los ángeles, a Jesús, lo vemos ahora coronado de gloria y honor por su pasión y muerte. Pues, por la gracia de Dios, gustó la muerte por todos. Convenía que aquel, para quien y por quien existe todo, llevará muchos hijos a la gloria perfeccionando mediante el sufrimiento al jefe que iba a guiarlos a la salvación. El santificador y los santificados proceden todos del mismo. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos.

Lectura del santo evangelio según san Marcos (Mc. 10, 2-16)

En aquel tiempo, acercándose unos fariseos, preguntaban a Jesús para ponerlo a prueba: «¿Le es lícito al hombre repudiar a su mujer?». Él les replicó: «¿Qué os ha mandado Moisés?». Contestaron: «Moisés permitió escribir el acta de divorcio y repudiarla». Jesús les dijo: «Por la dureza de vuestro corazón dejó escrito Moisés este precepto. Pero al principio de la creación Dios los creó hombre y mujer. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne. De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre». En casa, los discípulos volvieron a preguntarle sobre lo mismo. Él les dijo: «Si uno se repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera. Y si ella repudia a su marido y se casa con otro, comete adulterio». Acercaban a Jesús niños para que los tocara, pero los discípulos los regañaban. Al verlo, Jesús se enfadó y les dijo: «Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impedáis, pues de los que son como ellos es el reino de Dios. En verdad os digo que quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él». Y tomándolos en brazos los bendecía imponiéndoles las manos.

Releemos el evangelio

Concilio Vaticano II

Declaración sobre la Educación cristiana « Gravissimum Educationis », 3

«Dejad que los niños se acerquen a mí»

Puesto que los padres han dado la vida a los hijos, están gravemente obligados a la educación de la prole y, por tanto, ellos son los primeros y principales educadores. Este deber de la

educación familiar es de tanta trascendencia que, cuando falta, difícilmente puede suplirse.

Es, pues, obligación de los padres formar un ambiente familiar animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos. La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtudes sociales, de las que todas las sociedades necesitan.

Sobre todo, en la familia cristiana, enriquecida con la gracia del sacramento y los deberes del matrimonio, es necesario que los hijos aprendan desde sus primeros años a conocer la fe recibida en el bautismo. En ella sienten la primera experiencia de una sana sociedad humana y de la Iglesia. Por medio de la familia, por fin, se introducen fácilmente en la sociedad civil y en el Pueblo de Dios. Consideren, pues, atentamente los padres la importancia que tiene la familia verdaderamente cristiana para la vida y el progreso del Pueblo de Dios.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Por lo tanto, los niños son en sí mismos una riqueza para la humanidad y también para la Iglesia, porque nos remiten constantemente a la condición necesaria para entrar en el reino de Dios: la de no considerarnos autosuficientes, sino necesitados de ayuda, amor y perdón. Y todos necesitamos ayuda, amor y perdón. Los niños nos recuerdan otra cosa hermosa, nos recuerdan que somos siempre hijos: incluso cuando se llega a la edad de adulto, o anciano, también si se convierte en padre, si ocupa un sitio de responsabilidad, por debajo de todo esto permanece la identidad de hijo.

Todos somos hijos. Y esto nos reconduce siempre al hecho de que la vida no nos la hemos dado nosotros mismos sino que la hemos recibido. El gran don de la vida es el primer regalo que nos ha sido dado. A veces corremos el riesgo de vivir olvidándonos de esto, como si fuésemos nosotros los dueños de nuestra existencia y, en cambio, somos radicalmente dependientes. En realidad, es motivo de gran alegría sentir que en cada edad de la vida, en cada situación, en cada condición social, somos y permanecemos hijos. Este es el principal mensaje que nos dan los niños con su presencia misma: sólo con ella nos recuerdan que todos nosotros y cada uno de nosotros somos hijos» *(S.S. Francisco, Angelus, 18 de marzo de 2015)*.

Meditación

¿Qué es lo que tenemos que aprender de los niños para entrar en el Reino de los cielos? La confianza que tienen a sus padres y son capaces de dormir profundamente en sus brazos en medio de lugares con ruido.

El asombro de experimentar las cosas sencillas de la vida, como correr en la lluvia, comer un dulce, jugar con juguetes, patear un balón, bailar, nadar y escuchar música o historias. Vivir sin poner seguridades absolutas en nosotros mismos, sino en Dios Padre que nos dará todo lo que realmente necesitamos. La curiosidad de hacer preguntas y así profundizar en nuestra fe. Dejarnos amar por el Padre como ellos se dejan amar por sus padres.

¡Tantas lecciones que podemos aprender de los niños! Y es obvio que no se trata aquí de ser infantiles, ingenuos o fantasiosos, más bien es confiar plenamente en la Providencia divina, así como un niño confía plenamente en sus papás. Abandonemos, pues, nuestras preocupaciones excesivas y confiemos más en Dios.

Pongamos todo lo que esté de nuestra parte y confiemos. En su momento, a su modo, Dios siempre responde.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver.

Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén

LUNES, 04 DE OCTUBRE DE 2021

SAN FRANCISCO DE ASÍS

¿Quién es mi prójimo?

Oración introductoria

Señor, concédeme ser un hermano para todos.

Petición

Jesús, dame la generosidad para amar a mi prójimo como a mí mismo.

Comienzo de la profecía de Jonás (Jon. 1, 1-2, 1. 11)

El Señor dirigió su palabra a Jonás, hijo de Amitai, en estos términos: «Ponte en marcha, ve a Nínive, la gran ciudad, y llévale este mensaje contra ella, pues me he enterado de sus crímenes». Jonás se puso en marcha para huir a Tarsis, lejos del Señor. Bajó a Jafa y encontró un barco que iba a Tarsis; pagó el pasaje y embarcó para ir con ellos a Tarsis, lejos del Señor. Pero el Señor envió un viento recio y una fuerte tormenta en el mar, y el barco amenazaba con romperse. Los marineros se atemorizaron y se pusieron a rezar, cada uno a su dios. Después echaron al mar los objetos que había en el barco, para aliviar la carga. Jonás bajó al fondo de la nave y se quedó allí dormido. El capitán se le acercó y le dijo: «¿Qué haces durmiendo? Levántate y reza a tu Dios; quizá se ocupe ese Dios de nosotros y no muramos». Se dijeron unos a otros: «Echemos suertes para saber quién es el culpable de que nos haya caído esta desgracia». Echaron suertes y le tocó a Jonás. Entonces le dijeron: «Dinos quién tiene la culpa de esta desgracia que nos ha sobrevenido, de qué se trata, de dónde vienes, cuál es tu país y de qué pueblo eres». Jonás les respondió: «Soy hebreo; adoro al Señor, Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra firme». Muchos de aquellos hombres se asustaron y le preguntaron: «¿Por qué has hecho eso?». Pues se enteraron por el propio Jonás de que iba huyendo del Señor. Después le dijeron: «¿Qué vamos a hacer contigo para que se calme el mar?» Pues la tormenta arreciaba por momentos. Jonás les respondió: - «Agarradme, echadme al mar y se calmará. Bien sé que soy el culpable de que os haya sobrevenido esta tormenta». Aquellos hombres intentaron remar hasta tierra firme, pero no lo consiguieron, pues a tormenta arreciaba. Entonces rezaron así al Señor: «¡Señor!, no nos hagas desaparecer por culpa de este hombre; no nos imputes sangre inocente, pues tú, Señor, actúas como te gusta». Después agarraron a Jonás y lo echaron al mar. Y el mar se

calmó. Tras ver lo ocurrido, aquellos hombres temieron profundamente al Señor, le ofrecieron un sacrificio y le hicieron votos. El Señor envió un gran pez para que se tragase a Jonás, y allí estuvo Jonás, en el vientre del pez, durante tres días con sus tres noches. El Señor dio orden al pez, y vomitó a Jonás en tierra firme.

Salmo (Jon 2, 3. 4. 5. 8)

Tú. Señor, me sacaste vivo de la fosa.

Invoque al Señor en mi desgracia y me escucho; desde lo hondo del Abismo pedí auxilio, y escuchaste mi llamada. R.

Me arrojaste a las profundidades en alta mar, las corrientes me rodeaban, todas tus olas y oleajes se echaron sobre mí. R.

Me dije: «Expulsado de tu presencia, ¿cuándo volveré a contemplar tu santa morada?». R.

Cuando ya desfallecía mi ánimo, me acordé del Señor; y mi oración llegó hasta ti, hasta tu santo morada. R

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 10, 25-37)

En aquel tiempo, se levantó un maestro de la Ley y preguntó a Jesús para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?» Él le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?». Él respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza» y con toda tu mente. Y «a tu prójimo como a ti mismo». Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la Ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es

mi prójimo?». Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él contestó: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda, haz tú lo mismo».

Releemos el evangelio

Beato Carlos de Foucauld (1858-1916)

ermitaño y misionero en el Sahara

Salmo 52 (Méditations sur les psaumes, Nouvelle Cité, 2002).

La misericordia del divino Samaritano

¡Qué bueno ha sido, divino Samaritano, en restablecer este mundo herido penosamente caído en el camino, envuelto en el fango y tan indigno de las bondades divinas! Más el mundo es malvado, más surge la misericordia suya. Ser infinitamente bueno con los buenos es mil veces menos admirable que ser infinitamente bueno con seres que, aún colmados con gracias, son ingratos, infieles, perversos. Más somos malvados, más brilla e irradia la maravilla de su infinita misericordia.

Esto alcanza para explicar el bien que produce el pecado sobre la tierra y explicar que usted lo permite. Da lugar a un bien incomparablemente más grande: el ejercicio y manifestación de su divina misericordia. Este atributo divino no podría ejercerse sin él. La bondad podría ejercerse sin él y mostrarse sin el pecado.

Pero es necesario el mal para que la misericordia pueda ejercerse. ¡Mi Señor y mi Dios, qué bueno y misericordioso es! La misericordia es como el exceso de su bondad, lo que existe de apasionado en su bondad, el peso con el que su bondad gana sobre la justicia. ¡Usted es divinamente bondadoso! (...) Seamos buenos con los pecadores ya que Dios es tan bueno con nosotros. Recemos por ellos, amémoslos. (...)

“Seamos misericordiosos como nuestro Padre es misericordioso” (cf. Lc 6,36). Dios “ama la misericordia más que los sacrificios” (cf. Mt 12)

Palabras del Santo Padre Francisco

«Animémonos a superar la tentación de absolutizar determinados paradigmas culturales y dejarnos absorber por intereses personales. Ayudemos a los hombres de buena voluntad a dar mayor relieve a situaciones y acontecimientos que afectan a una parte importante de la humanidad, pero que ocupan un lugar muy marginal en el ámbito de la información a gran escala. No podemos desinteresarnos, y es preocupante cuando algunos cristianos se muestran indiferentes frente al necesitado.

Más triste aún es la convicción de quienes consideran los propios bienes como signo de predilección divina, en vez de una llamada a servir con responsabilidad a la familia humana y a

custodiar la creación. El Señor, Buen Samaritano de la humanidad, nos interpelará sobre el amor al prójimo, cualquiera que sea. Preguntémonos entonces: ¿Qué podemos hacer juntos? Si es posible hacer un servicio, ¿por qué no proyectarlo y realizarlo juntos, comenzando por experimentar una fraternidad más intensa en el ejercicio de la caridad concreta?» (*Discurso de S.S. Francisco, 21 de junio de 2018*).

Meditación

Hace algunos años estaba haciendo un taller de oración, cuando nos explicaron la oración de intercesión nos dieron una tarea: orar a Dios durante una semana por una persona con la cual tuviéramos un problema. No tenía en ese momento un problema con alguien en particular, por lo tanto decidí rezar por alguien que no conocía, pero que con sólo escuchar su nombre me daba rabia.

Allí estaba yo, orando por él, ofreciendo mi misa y mi rosario por su salud y bienestar. Me costó mucho, me costó hasta que terminó la semana pero lo logré. ¿Por qué? Porque era alguien que me necesitaba porque yo soy su prójimo.

El letrado le preguntó a Jesús: ¿Quién es mi prójimo? Y la respuesta de Jesús es sencilla pero bastante interesante. Le responde por medio de la parábola del buen samaritano en donde lo importante no es saber quién es mi prójimo sino hacerme prójimo. El verdadero cristiano se hace prójimo de todos porque ama estar cercano a los demás: ama llevar el amor de Dios a todos. El cristiano siempre transmite la misericordia de Dios a todos, sin importar quienes sean, sin importar que cueste.

El sacerdote y el levita en la parábola pasaron por un lado del hombre mal herido porque no era nadie para ellos. Así nosotros nos encontraremos en la vida con personas que no pueden caminar por problemas materiales o espirituales, que pueden ser completos desconocidos o peor aún, personas a las que conservamos un odio pero ¿de quién soy prójimo? ¿Acaso soy prójimo de las personas que me agradan? Empecemos a cargar a todos, empecemos a llevar la misericordia de Dios a todas las personas.

Oración final

Doy gracias a Yahvé de todo corazón,
en la reunión de los justos y en la comunidad.
Grandes son las obras de Yahvé,
meditadas por todos que las aman. (Sal 111,1-2)

MARTES, 05 DE OCTUBRE DE 2021
TÉMPORAS DE ACCIÓN DE GRACIAS Y DE PETICIÓN
Pidan y se les dará, busquen y hallarán

Oración introductoria

Señor Jesús, te entrego este momento de mi vida; dispón de él para hablarme y mostrarme cuál es tu voluntad para mí.

Petición

Jesús, ayúdame a escoger siempre la mejor parte que es la oración, que es tu reino, que es tu amor.

Lectura del libro del Deuteronomio (Dt. 8, 7-18)

Moisés habló al pueblo, diciendo: «Cuando el Señor, tu Dios, te introduzca en la tierra buena, tierra de torrentes, de fuentes y veneros que manan en el monte y la llanura, tierra de trigo y cebada, de viñas, higueras y granados, tierra de olivares y de miel, tierra en que no comerás tasado el pan, en que no carecerás de nada, tierra que lleva hierro en sus rocas y de cuyos montes sacarás cobre, entonces comerás hasta saciarte y bendecirás al Señor, tu Dios, por la tierra buena que te ha dado. Guárdate de olvidar al Señor, tu Dios, no observando sus preceptos, sus mandatos y sus decretos que yo te mando hoy. No sea que, cuando comas hasta saciarte, cuando edifiques casas hermosas y las habites, cuando críen tus reses y ovejas, aumenten tu plata y tu oro, y abundes en todo, se engría tu corazón y olvides al Señor, tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud, que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, con serpientes abrasadoras y alacranes, un sequedal sin una gota de agua, que sacó agua para ti de una roca de pedernal; que te alimentó en el desierto con su maná que no conocían tus padres, para afligirte y probarte, y para hacerte el bien al final. Y no pienses: “Por mi fuerza y el poder de mi brazo me he creado estas riquezas”. Acuérdate del Señor, tu Dios: que es el quien te da la fuerza para adquirir esa riqueza, a fin de mantener la alianza que juró a tus padres, como lo hace hoy»

Salmo (1 Crón 29, 10bc. 11abc. 11d-12a. 12bcd)

Tú eres Señor del universo.

Bendito eres, Señor, Dios de nuestro padre Israel, por los siglos de los siglos. R.

Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder, la gloria, el esplendor, la majestad porque tuyo es cuanto hay en el cielo y tierra. R.

Tú eres rey y soberano de todo de ti viene la riqueza y la gloria. R.

Tú eres Señor del universo, en tu mano está el poder y la fuerza, tú engrandeces y confortas a todos. R.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios (2 Cor. 2 Cor 5, 17-21)

Hermanos: Si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo. Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 7, 7-11)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre. Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le dará una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le piden!».

Releemos el evangelio

San Clemente I, papa

Carta a los Corintios (Caps 59,2 - 60,4 : Funk 1, 135-141)

Acción de gracias y petición del pueblo cristiano

En la oración y en las súplicas, pediremos al Artífice de todas las cosas que guarde, en todo el mundo, el número contado de sus elegidos, por medio de su Hijo amado, Jesucristo; en él nos llamó de las tinieblas a la luz, de la ignorancia al conocimiento de su gloria.

Nos llamaste para que nosotros esperáramos siempre, Señor, en tu nombre, pues él es el principio de toda criatura. Tú abriste los ojos de nuestro corazón, para que te conocieran a ti, el solo Altísimo en lo más alto de los cielos, el Santo que habita entre los santos. A ti, que abates la altivez de los soberbios, que deshaces los planes de las naciones, que levantas a los humildes y abates a los orgullosos; a ti, que enriqueces y empobreces; a ti, que das la muerte y devuelves la vida.

Tú eres el único bienhechor de los espíritus y Dios de toda carne, que penetras con tu mirada los abismos y escrutas las obras de los hombres; tú eres ayuda para los que están en peligro, salvador de los desesperados, criador y guardián de todo espíritu.

Tú multiplicas los pueblos sobre la tierra y, de entre ellos, escoges a los que te aman, por Jesucristo, tu siervo amado, por quien nos enseñas, nos santificas y nos honras.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Todos vosotros, padres y abuelos, que estáis aquí, cuando el hijo o el nieto piden algo, tiene hambre, pide y pide, luego llora, grita, tiene hambre: “¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide un pez, en lugar de un pez le da una culebra?”».

Y todos vosotros tenéis la experiencia cuando el niño pide, vosotros le dais de comer y todo lo que pide por el bien de él. Con estas palabras, Jesús nos hace entender que Dios siempre responde, que ninguna oración quedará sin ser escuchada, ¿por qué? Porque es un Padre, y no olvida a sus hijos que sufren. Por supuesto, estas declaraciones nos ponen en crisis, porque muchas de nuestras oraciones parecen no obtener ningún resultado.» *(Homilía de S.S. Francisco, 9 de enero de 2019).*

Meditación

No es humillante para nosotros calificarnos ante Dios como pobres mendigos. De hecho, no podemos dejar de comparar su omnipotencia con nuestra extrema pobreza. Guiados por la fe, lo reconocemos como nuestro Creador y Señor, como fuente inagotable de todo bien y como norma segura de todo nuestro comportamiento.

Nuestra experiencia como creyentes nos convence de que Él es un Padre y que nos ama con un amor ilimitado, hecho visible por la persona de Cristo. Su presencia entre nosotros, su pasión, su muerte y su resurrección, han hecho clara la misericordia divina para nosotros. Es a partir de estos principios que extraemos los motivos de nuestra confianza y oración por el buen Dios. Estamos seguros de que nos escucha y cuida de cada uno de nosotros con el amor del

Padre. Jesús viene a confirmarnos en esta fe nuestra: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, y todo el que busca encuentra, y todo el que llama se le abrirá».

Quiere inculcarnos la perseverancia ante todo en la oración, y no sólo hacer que se convierta en un grito aislado en los momentos de emergencia y de extrema necesidad. Debemos orar siempre, sin cansarnos nunca, conscientes de que toda nuestra vida puede y debe convertirse en oración, tanto cuando nos sentamos cómodamente en los bancos de la iglesia, como cuando estamos decididos a llevar a cabo nuestras diferentes tareas.

La oración de nuestros labios y corazón es seguida por la de nuestros brazos, todavía extendidos hacia Él. Podemos y debemos pedir «cualquier cosa» al Señor, pero no debemos olvidar nunca que Él, sabiamente, quiere darnos sólo «cosas buenas», como lo haría un buen padre terrenal a sus hijos.

En la oración, por tanto, debe acompañarnos constantemente con una confianza humilde y una sospecha legítima de que quizás no siempre somos capaces de pedir cosas buenas según la visión de Dios y, en consecuencia, puede suceder, y sucede, que la respuesta de Dios a nuestras oraciones no coincide con nuestras peticiones.

Después de todo, la primera razón de nuestra oración es siempre la que Jesús mismo nos sugirió en el Padre Nuestro, es decir, que la santísima voluntad de Dios se cumpla en nosotros. Jesús mismo, en el drama de su agonía en Getsemaní, invoca al Padre de esta manera: «Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz, pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú.» Que «como desees»,

referido a Dios, resuene con confianza al final de cada petición que hagamos, incluso la más urgente!

Oración final

Tú me escutas, Yahvé, y me conoces;
sabes cuándo me siento y me levanto,
mi pensamiento percibes desde lejos;
de camino o acostado, tú lo adviertes,
familiares te son todas mis sendas. (Sal 139,1-3)

MIÉRCOLES, 06 DE OCTUBRE DE 2021
Cuando oren, digan...

Oración introductoria

Gracias, Señor, por el don de la fe, ayúdame a creer en Ti.
Gracias por el don de la esperanza, ayúdame a abandonarme en tus
manos. Gracias por el don de la caridad, ayúdame a amarte y a
desgastarme en servicio de mis hermanos.

Petición

Padre nuestro, que estás en el cielo, te pedimos que venga tu
Reino a nuestro corazón, a nuestra patria y al mundo entero.

Lectura de la profecía de Jonás (Jon. 4, 1-11)

Jonás se disgustó y se indignó profundamente. Y rezó al Señor en estos términos: «¿No lo decía yo, Señor, cuando estaba en mi tierra? Por eso intenté escapar a Tarsis, pues bien sé que eres un Dios bondadoso, compasivo, paciente y misericordioso, que te arrepientes del mal. Así que, Señor, toma mi vida, pues vale más morir que vivir». Dios le contestó: «¿Por qué tienes ese disgusto tan grande?». Salió Jonás de la ciudad, y se instaló al oriente. Armó una choza y se quedó allí, a la sombra, hasta ver qué pasaba con la ciudad. Dios hizo que una planta de ricino surgiera por encima de Jonás, para darle sombra a su cabeza y librarlo de su disgusto. Jonás se alegró y se animó mucho con el ricino. Pero Dios hizo que, al día siguiente, al rayar el alba, un gusano, atacase al ricino, que se secó. Cuando salió el sol, hizo Dios que soprase un recio viento solano; el sol pegaba en la cabeza de Jonás, que desfallecía y se deseaba la muerte: «Más vale morir que vivir», decía. Dios dijo entonces a Jonás: «¿Por qué tienes ese disgusto tan grande por lo del ricino?». Él contestó: «Lo tengo con toda razón. Y es un disgusto de muerte». Dios repuso: «Tú te compadeces del ricino, que ni cuidaste ni ayudaste a crecer, que una noche surgió y en otra desapareció, ¿y no me he de compadecer yo de Nínive, la gran ciudad, donde hay más de ciento veinte mil personas, que no distinguen la derecha de la izquierda, y muchísimos animales?».

Salmo (Sal 85, 3-4. 5-6. 9-10)

Tú, Señor, eres lento a la cólera, rico en piedad.

Piedad de mí, Señor, que a ti te estoy llamando todo el día; alegra el alma de tu siervo, pues levanto mi alma hacia ti, Señor. R.

Porque tú, Señor, eres bueno y clemente, rico en misericordia con los que te invocan. Señor, escucha mi oración, atiende a la voz de mi súplica. R.

Todos los pueblos vendrán a postrarse en tu presencia, Señor; bendecirán tu nombre: «Grande eres tú, y haces maravillas; tú eres el único Dios». R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 11, 1-4)

Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: «Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos». Él les dijo: «Cuando oréis decid: “Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan cotidiano, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe, y no nos dejes caer en la tentación”».

Releemos el evangelio

San Maximiliano M^a Kolbe (1894-1941)

franciscano, mártir

Entrevista en 1924 y carta del 1^o diciembre 1940 (Entretiens spirituels inédits, Lethielleux, 1974), trad. sc@evangelizo.org

La oración es eficiente

La oración y sólo la oración es un arma eficiente en la lucha por la libertad y felicidad de las almas. ¿Por qué? Porque a un fin sobrenatural corresponden sólo medios sobrenaturales.

El Paraíso o –si podemos expresarlo así- la divinización del alma, es una realidad sobrenatural en el total sentido de la palabra.

Por eso, con nuestras solas fuerzas naturales no podemos alcanzar ese fin. Nos hace falta un medio sobrenatural: la gracia de Dios. Ella sólo se obtiene con la humildad y la oración confiada.

La gracia, solamente la gracia, ilumina nuestra inteligencia y fortifica nuestra voluntad. Ella es un medio para la conversión, es decir, la liberación del alma de las ligaduras del mal. (...) La conversión y la santificación del alma es y será siempre la obra de la gracia divina. Sin la gracia de Dios, nada podemos hacer en ese dominio, ni siquiera con la palabra viva, ni con el apremio, ni con otro medio exterior.

Pidamos entonces la gracia para nosotros y los otros, por medio de una oración humilde, la mortificación y la fidelidad en el cumplimiento de nuestras tareas más simples y habituales.

Más el alma está cerca de Dios, es más preciosa para Dios y más amada de Dios. Entonces puede ayudar a los otros más eficientemente, ya que su oración es escuchada fácil y ampliamente.

Palabras del Santo Padre Francisco

«En la oración del Padre Nuestro Jesús ha querido alojar la misma enseñanza de esta parábola. Ha puesto en relación directa el perdón que pedimos a Dios con el perdón que debemos conceder a nuestros hermanos: “y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores”.

El perdón de Dios es la seña de su desbordante amor por cada uno de nosotros; es el amor que nos deja libres de alejarnos, como el hijo pródigo, pero que espera cada día nuestro retorno; es el amor audaz del pastor por la oveja perdida; es la ternura que acoge

a cada pecador que llama a su puerta. El Padre celestial -nuestro Padre- está lleno, está lleno de amor que quiere ofrecernos, pero no puede hacerlo si cerramos nuestro corazón al amor por los otros.»
(Homilía de S.S. Francisco, 17 de septiembre de 2017).

Meditación

«¡Señor, enséñanos a orar!». Éste es el grito que brota de los labios de los apóstoles y que resuena en nuestros corazones. ¿El motivo? No sabemos cómo pedir a Dios, no sabemos cómo hablarle. Jesús nos enseña en el Padrenuestro que Dios se interesa totalmente por nuestro bienestar y por exactamente lo mismo que a nosotros nos preocupa: Nuestras necesidades materiales, nuestras relaciones con los demás y nuestra relación con Dios.

Cuando decimos «danos hoy nuestro pan de cada día», no sólo le estamos pidiendo literalmente por algo que poner en la mesa, le estamos pidiendo que nos de aquello que necesitamos. Por eso, no debemos avergonzarnos de hablar con Él de las cosas más sencillas, como el hecho de querer un nuevo refrigerador o de haber comprado una mascota; y ni qué se diga de hablarle de cosas importantes, pues Él es un padre que se interesa por cada uno de sus hijos.

Cuando pedimos el perdón de nuestros pecados- «como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»- le estamos básicamente hablando de cómo es nuestro trato con los demás y le estamos pidiendo que nos mida con la misma medida que nosotros les aplicamos a ellos.

Cuando pedimos que «no nos deje caer en tentación» le pedimos que no permita que nos separemos de Él por el pecado,

reconocemos que somos débiles y que sin su ayuda no podemos nada.

Así pues, el Padrenuestro es la oración perfecta porque nos enseña con sencillez a orar como Jesús: con la confianza de un hijo que sabe que su Padre le escucha. ¿Ya he aprendido a orar así?

Oración final

¡Alabad a Yahvé, todas las naciones,
ensalzadlo, pueblos todos!
Pues sólido es su amor hacia nosotros,
la lealtad de Yahvé dura para siempre. (Sal 117,1-2)

JUEVES, 07 DE OCTUBRE DE 2021
BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA DEL ROSARIO
Pedir, buscar, llamar.

Oración introductoria

Señor, aumenta mi fe.

Petición

Señor, dame aquellas gracias que más necesito para mi santificación.

Lectura de la profecía de Malaquías (Mal. 3, 13-20ª)

Levantáis la voz contra mí, dice el Señor. Decís: «En qué levantamos la voz contra ti?». En que decís: «Pura nada, el temor debido al Señor. ¿Qué sacamos con guardar sus mandatos, haciendo duelo ante el Señor del universo?; Al contrario, los orgullosos son los afortunados; prosperan los malhechores, tientan a Dios, y salen airosos». Los hombres que temen al Señor se pusieron a comentar esto entre sí. El Señor atendió y escuchó, y se escribió un libro memorial, en su presencia, en favor de los hombres que temen al Señor. Ese día que estoy preparando, dice el señor del universo, volverán a ser propiedad mía; me compadeceré de ellos como se compadece el hombre de su hijo que lo honra. Volveréis a ver la diferencia entre el justo y el malhechor, entre el que sirve a Dios y el que no lo sirve. He aquí que llega el día, ardiente como un horno: en el que todos los orgullosos y malhechores serán como paja; los consumirá el día que está llegando, dice el Señor del universo, y no les dejará ni copa ni raíz. Pero a vosotros, los que teméis mi nombre, os iluminará un sol de justicia y hallaréis salud a su sombra; saldréis y brincaréis como terneros que salen del establo.

Salmo (Sal 1, 1-2. 3. 4 y 6)

Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor.

Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni entra por la senda de los pecadores, ni se sienta en la reunión de los cínicos; sino que su gozo es la ley del Señor, y medita su ley día y noche. R.

Será como un árbol plantado al borde de la acequia: da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas; y cuanto emprende tiene buen fin. R.

No así los impíos, no así; serán paja que arrebatada el viento. Porque el Señor protege el camino de los justos, pero el camino de los impíos acaba mal. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 11, 5-13)

En aquel tiempo, dijo Jesús a los discípulos: «Suponed que alguno de vosotros tiene un amigo, y viene durante la medianoche y le dice: “Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle”; y, desde dentro, aquel le responde: “No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos”; os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por su importunidad se levantará y le dará cuanto necesite. Pues yo os digo a vosotros: pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, si su hijo le pide un pez, le dará una serpiente en lugar del pez? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se le piden?».

Releemos el evangelio

Simeón el Nuevo Teólogo (ca. 949-1022)

Monje griego

Himnos 42, SC 196

"¡Tu Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que le pidan!"

El Creador - ¡escucha bien lo que te explicaré! - enviará el Espíritu divino, no otra alma como la que tenías, sino el Espíritu, me refiero al que viene de Dios, que soplará, morará, fijará su morada en ti, te iluminará, te hará brillar y te recreará por completo, de corruptible te hará incorruptible y renovará la casa en ruinas, me refiero a la casa de tu alma: y con ella, hará que todo tu cuerpo sea incorruptible, te hará dios por gracia, similar a tu Modelo.

¡Maravilla! Oh misterio desconocido para todos (...), - desconocido para los que no tienen un corazón puro, desconocido para los que no piden, con un corazón ardiente, recibir el Espíritu divino, desconocido para los que no creen, incluso ahora, Dios concede el Espíritu divino a los que lo buscan. Porque la incredulidad descarta y aleja al Espíritu divino: el que no cree no pide; si no pide, no recibe. (...) [El Maestro de todos los seres celestiales y terrenales] nos ha dado el Espíritu divino, ... y este Espíritu, que es Dios, nos procura a todos el bien.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Preocupaos de manifestar, con las palabras y con las acciones, que la fe en Jesucristo nunca es sinónimo de cierre, porque es un don de Dios ofrecido a todos los hombres como un camino que libera del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento y fuente de un gozo del que nadie nos puede privar.

Para ello, no tengáis miedo de pedir con insistencia, en vuestra oración y con vuestra participación a los sacramentos, la ayuda del Espíritu Santo para que os sea dado “un espíritu de santidad que impregne tanto la soledad como el servicio, tanto la intimidad como la tarea evangelizadora, de manera que cada instante sea expresión de amor entregado bajo la mirada del Señor”.» (*Discurso de S.S. Francisco, 12 de mayo de 2018*).

Meditación

En el Evangelio de hoy podemos contemplar tres verbos muy importantes para tratar con Dios.

El primero es PEDIR. Jesús nos invita a pedir, a que salgamos de nosotros mismos, de nuestro orgullo y veamos que otros requieren nuestra ayuda y que necesitamos de las gracias que vienen de lo alto. Cuántas veces en nuestra vida cotidiana dudamos a la hora de pedir por respeto humano o porque vayan a creer que soy débil; pero para Dios el hecho de que verdaderamente necesitamos de su misericordia, y que sólo apoyados en sus manos seremos verdaderamente felices, es una señal de amor.

El segundo verbo es BUSCAR. Pensemos en las veces que creímos estar solos, que dijimos en nuestro interior «nadie puede entenderme, estoy solo»; pero en realidad jamás estamos solos, siempre está presente el Espíritu Santo, quien nos mueve a buscar la consolación en Dios Padre, a buscar la verdadera alegría que viene de saberse hijo en el Hijo.

El tercer verbo es LLAMAR. Estamos invitados a testimoniar con nuestros actos de la vida cotidiana que somos cristianos y que estamos llamados a ser evangelizadores y santificadores de nuestro

entorno; a llamar con una voz fuerte, alegre y gozosa porque somos testigos de algo infinitamente grande, que es el amor de Dios.

Que el día de hoy podamos contemplar estos tres verbos en sintonía con María santísima, ella que es Reina de los Apóstoles y que nos acompaña siempre.

Oración final

Doy gracias a Yahvé de todo corazón,
en la reunión de los justos y en la comunidad.
Grandes son las obras de Yahvé,
meditadas por todos que las aman. (Sal 111,1-2)

VIERNES, 08 DE OCTUBRE DE 2021

Para valorar el bien

Oración introductoria

Señor Jesús, quiero ponerme en tu presencia para que, tomando conciencia de lo que eres, te ame apasionadamente como Tú lo has hecho desde la creación del mundo hasta el momento de tu nacimiento, desde el pesebre hasta la cruz y desde la cruz hasta llegar a mi lado.

Petición

Jesús, quiero estar siempre contigo. Ayúdame a vivir en la unidad de la fe y de la oración, en comunión con tu voluntad.

Lectura de la profecía de Joel (Jl 1, 13-15; 2, 1-2)

Vestíos de luto, haced duelo, sacerdotes, gritad, servidores del altar. Venid y pasad la noche en sacos, servidores de Dios, pues no hay en el templo de vuestro Dios ofrenda y libación. Proclamad un ayuno santo, convocad la asamblea, reunid a los jefes, a todos los habitantes del país en la casa de vuestro Dios y llamad a gritos al Señor. ¡Ay del día! Se acerca el Día del Señor, llega como ruina arrolladora. Tocad la trompeta en Sión, gritad en mi monte santo, se estremecen todos los habitantes del país, pues llega el Día del Señor. Sí, se acerca, día de oscuridad y negrura, día de niebla y oscuridad, como el alba sobre los montes, avanza un gentío innumerable, poderoso como nunca la hubo ni lo habrá tras él por generaciones

Salmo (Sal 9, 2-3. 6 y 16. 8-9)

El Señor juzgará el orbe con justicia.

Te doy gracias, Señor, de todo corazón, proclamando todas tus maravillas; me alegro y exulto contigo, y toco en honor de tu nombre, oh Altísimo. R.

Reprendiste a los pueblos, destruiste al impío y borraste para siempre su apellido. Los pueblos se han hundido en la fosa que hicieron, su pie quedó prendido en la red que escondieron. R.

Dios está sentado por siempre en el trono que ha colocado para juzgar. El juzgará el orbe con justicia y regirá las naciones con rectitud. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 11, 15-26)

En aquel tiempo, habiendo expulsado Jesús a un demonio, algunos de entre la multitud dijeron: «Por arte de Belcebú, el príncipe de los demonios echa los demonios». Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo del cielo. Él, conociendo sus pensamientos, les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo va a la ruina y cae casa sobre casa. Si, pues, también Satanás se ha dividido contra si mismo, ¿cómo se mantendrá su reino? Pues vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belcebú. Pero, si yo echo los demonios con el poder de Belcebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros, pero, cuando otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte su botín. El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama. Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, da vueltas por lugares áridos, buscando un sitio para descansar, y, al no encontrarlo, dice: “Volveré a mi casa de donde salí”. Al volver se la encuentra barrida y arreglada. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él, y se mete a vivir allí. Y el final de aquel hombre resulta peor que el principio».

Releemos el evangelio

San Teodoro Studita (759-826)

monje en Constantinopla

Catequesis 39

La característica del Espíritu Santo y del Adversario

Mis padres, hermanos, hijos, incesantemente en su furia el enemigo se abalanza sobre nosotros, pero incesantemente es rechazado por los poderes divinos (...). Cuando alguien le hace espacio después de rechazar al Espíritu Santo y deja entrar al extraño que le enseña a hacer y decir lo que quiere, entonces encuentra una presa. Bueno, examinemos las características de las dos fuerzas en acción y prestemos atención, si se quiere, a lo que sucede (...).

Quien posee el Espíritu Santo tiene alegría, paz, padecer, caridad. Pronuncia palabras más dulces que la miel y la cera, porque "es de la plenitud del corazón", dice el Señor, "que florecen" (cf. Mt 12, 34; Gal 5:22), y se convierten en iluminación y consuelo para aquellos que los reciben. (...) ¿Quieres conocer las características del oponente? (...)

Lo que produce tal corazón si no ira, resentimiento, calumnia, reproche, infidelidad, animosidad, odio y suficiencia, indaciidad, ¿contestación y desobediencia? Esta alma, iluminación, santificación y piedad la han abandonado; la bajada, la escróctina y la paciencia la abandonaron; los gemidos, las lágrimas y los lamentos se han secado allí (cf. Is 35,10; 51,11 LXX) ...; la alegría de los bienes que no se pueden decir, contemplar o imaginar, aquellos bienes que se preparan para nosotros en el reino de los cielos se olvidan. (...)

Que todo lo que es detestable y todo lo que es deseable para salir de ti en Cristo Jesús nuestro Señor, a quien pertenece la gloria y el poder con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Hoy se es perseguido no solo por ser cristianos sino también porque se es imagen de Dios, y por esto el demonio persigue y los imperios continúan las persecuciones hoy. Nosotros no debemos permitirnos ser ingenuos. Hoy en el mundo no solo los cristianos son perseguidos: los humanos, el hombre y la mujer, porque el padre de toda persecución no tolera que sean imagen y semejanza de Dios. Y ataca y destruye esa imagen.

No es fácil de entender esto, se requiere mucha oración para entenderlo. Que el Señor, hoy, nos haga entender mejor esta gran persecución cultural a través de las colonizaciones culturales, a través de la guerra, a través del hambre, a través de la esclavitud. Que el Señor nos haga entender: hoy el mundo es un mundo de esclavos; no es fácil ser libre, hoy.

Que el Señor nos dé la gracia de luchar contra esto y restaurar con la fuerza de Jesucristo —porque Él ha venido para esto, para recrear, para restaurar— la imagen de Dios que están en todos nosotros.» *(Homilía de S.S. Francisco, 1 de junio de 2018, en santa Marta).*

Meditación

Hay un viejo dicho que dice: «Hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece».

Juzgar y hablar mal sobre sucesos o personas tiene, regularmente, un efecto negativo. La tendencia natural que tenemos es pensar mal sin haber conocido todas las circunstancias. No se trata de dejar de ser críticos y nunca juzgar lo que es incorrecto, sino de hacer un esfuerzo por promover el bien que muchas veces queda en el olvido.

Cristo fue juzgado en el pensamiento de las personas que le veían y vio claramente la obra del demonio en estos actos aparentemente inapreciables. No dudó al corregir este defecto y fue radical en el momento de señalar el error. O promovemos el bien o promovemos el mal; no existe término medio. O recogemos el bien que encontramos en cada momento de nuestra vida o dispersamos en el olvido todo acto generoso que pudimos haber valorado.

Es difícil fijarnos siempre en lo bueno de las mil noticias que nos llegan. Pero, si hacemos el hábito de buscar el bien, podremos llegar al punto en que veremos la mano de Dios llena de bondad por detrás de cada desastre o incomprensión, porque «todo contribuye al bien para aquellos que aman a Dios».(*Rm. 8,28*).

Siempre existirá el bien, pero es nuestra misión hacerlo resplandecer. Ayuda bastante dejar de lado los juicios e intentar ponernos sencillamente delante del sagrario, llevar al altar todo lo que no entendemos en el momento y esperar pacientemente, así como María lo hizo junto al pesebre, junto a la cruz y, hasta el día de hoy, junto al sagrario.

Oración final

Actúa con esplendor y majestad,
su justicia permanece para siempre.
De sus proezas dejó un memorial.
¡Clemente y compasivo Yahvé! (Sal 111,3-4)

SÁBADO, 09 DE OCTUBRE DE 2021

Dichosos los que escuchan

Oración introductoria

Señor, abre mis oídos, para que mi lengua proclame tu alabanza y mi corazón reciba a quien Tú me quieras mandar.

Petición

María, enséñame a cumplir la voluntad de Dios, con el mismo amor y entrega que tú.

Lectura de la profecía de (Jl Joel 4, 12-21)

Esto dice el Señor: «Que se movilicen y suban las naciones al valle de Josafat, pues allá voy a plantar mi trono para juzgar a todos los pueblos de alrededor. Echad la hoz, pues la mies está madura; venid a pisar la uva, que el lagar está repleto y las cubas rebosan. ¡Tan enorme es su maldad! ¡Muchedumbres, muchedumbres en el valle de Josafat! Pues se acerca el Día del Señor en el valle de la Decisión. Se oscurecen el sol y la luna, y las estrellas perderán su brillo. El

Señor ruge en Sión y da voces en Jerusalén; temblarán cielos y tierra. Pero el Señor es abrigo para su pueblo, refugio para los hijos de Israel. Sabréis que yo soy el Señor, vuestro Dios que vive en Sión, mi santo monte. Jerusalén será santa y los extranjeros no pasarán más por ella extranjeros. Aquel día, las montañas chorrearán vino nuevo, las colinas rezumarán leche, y todos los torrentes de Judá bajarán rebosantes. Y brotará una fuente de la casa del Señor que regará el valle de Sitín. Egipto será una desolación y Edón un desierto solitario, por la violencia ejercida contra Judá, cuya sangre inocente derramaron en su país. Judá será habitada para siempre y Jerusalén de generación en generación. Vengaré su sangre, no quedará impune. El Señor vive en Sión».

Salmo (Sal 96, 1-2. 5-6. 11-12)

Alegraos, justos, con el Señor.

El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables. Tiniebla y nube lo rodean, justicia y derecho sostienen su trono. R.

Los montes se derriten como cera ante el dueño de toda la tierra; los cielos pregonan su justicia, y todos los pueblos contemplan su gloria. R.

Amanece la luz para el justo, y la alegría para los rectos de corazón. Alegraos, justos, con el Señor, celebrad su santo nombre. R.

Releemos el evangelio

Papa Francisco

*Exhortación apostólica “Evangelii Gaudium / La alegría del Evangelio” § 288
(trad. © copyright Librería Editrice Vaticana)*

“¡Feliz la que ha creído” (Lc 1, 45)

Virgen y Madre María, tú que, movida por el Espíritu, acogiste al Verbo de la vida en la profundidad de tu humilde fe, totalmente entregada al Eterno, ayúdanos a decir nuestro «sí» ante la urgencia, más imperiosa que nunca, de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús.

Tú, llena de la presencia de Cristo, llevaste la alegría a Juan el Bautista, haciéndolo exultar en el seno de su madre (Lc 1,41). Tú, estremecida de gozo, cantaste las maravillas del Señor (Lc 1,46ss). Tú, que estuviste plantada ante la cruz con una fe inquebrantable (Jn 19-25) y recibiste el alegre consuelo de la resurrección, recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu para que naciera la Iglesia evangelizadora (Hch 1,14).

Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados para llevar a todos el Evangelio de la vida que vence a la muerte. Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos para que llegue a todos el don de la belleza que no se apaga.

Tú, Virgen de la escucha y la contemplación (Lc 2,19), madre del amor (Si 24, 24 Vulgata), esposa de las bodas eternas (Ap19, 7) , intercede por la Iglesia, de la cual eres el icono purísimo, para que ella nunca se encierre ni se detenga en su pasión por instaurar el Reino.

Estrella de la nueva evangelización, ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión, del servicio, de la fe ardiente y generosa, de la justicia y el amor a los pobres, para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz.

Madre del Evangelio viviente, manantial de alegría para los pequeños, ruega por nosotros. Amén. Aleluya.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Pero para escuchar la Palabra de Dios es necesario tener también el corazón abierto para recibir la palabra en el corazón. Dios habla y nosotros escuchamos, para después poner en práctica lo que hemos escuchado. Es muy importante escuchar. Algunas veces quizá no entendemos bien porque hay algunas lecturas un poco difíciles.

Pero Dios nos habla igualmente de otra manera. [Es necesario estar] en silencio y escuchar la Palabra de Dios. No os olvidéis de esto. En la misa, cuando empiezan las lecturas, escuchamos la Palabra de Dios. ¡Necesitamos escucharlo! Es de hecho una cuestión de vida, como recuerda la fuerte expresión que “no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. La vida que nos da la Palabra de Dios.» *(Homilía de S.S. Francisco, 31 de enero de 2018).*

Meditación

Ver a la gente, a mis amigos, a mi familia, a mis compañeros, me hace pensar en cuántas veces están escuchando realmente, e inmediatamente me pregunto cuántas veces yo escucho a los demás.

Es una pregunta que nos serviría a lo largo del día, ¿de cuántas personas a las que he oído hablar hoy, puedo decir que realmente que me han hablado y yo las he escuchado?

¿Pero qué tiene que ver que yo escuche a una persona o no con el Evangelio? Muy simple, creo que no podemos escuchar la palabra de Dios si no escuchamos a nuestros hermanos. Muchos dirán: «pero yo sí escucho a Dios, rezo, voy a misa, estoy atento en las lecturas y el sermón...» Sí, claro que está bien todo eso, pero generalmente cuando uno realmente escucha a otra persona, escucha todo lo que esta persona dice. No podemos decir que escuchamos a Dios en la oración si no lo escuchamos en los demás.

Además, nosotros como católicos, no podemos escuchar verdaderamente a los demás si no podemos escucharlos en la oración... ¿Cómo, tengo que escuchar a los demás en la oración? Pues, aunque parezca extraño, sí, hay que escuchar aquellos problemas de los demás en la oración, aquellas cosas que más nos reclaman oraciones, pues eso significa que realmente escuché a los demás, pues me hago partícipe de lo que ellos sufren. De este modo escucharé verdaderamente a Dios.

Oración final

¡Cantadle, tañed para él,
recitad todas sus maravillas;
gloriaos en su santo nombre,
se alegren los que buscan a Yahvé! (Sal 105,2-3)